

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 122.—1.º de Abril de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

D.ª M. P. de M. Los 100 rs. se han repartido el Viernes Santo. Dios dé mucha salud á quien, al recobrarla, socorre á los necesitados.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Damos las gracias por su caridad á las personas siguientes:

Dos Señoras.....	Trapos.
Una Señora.....	Hilas.
Sra. Doña Luisa Goya.....	Trapos.
Sra. Doña Facunda Asuero de Lletget.	La quinta remesa de trapos.
Sra. Doña Concepcion Espina de Ramirez.....	Trapos.
Unas Señoras de la calle de Fuen- carral.....	Trapos.
Por mano de la Sra. Doña Cristina Dusmet de Vera.....	100 rs.
La Sra. Doña Julia Lorenzo.....	Tres carteras de socorro.
Sra. Doña Eugenia Salcedo de Selb.	Hilas.
La Sra. Doña J. F. de F.....	Hilas formes é informes, ven- das, vendajes, compresas, pañuelos triangulares, tra- pos. Sabemos cómo y cuándo se ha enviado este donativo y el mérito que tiene. Dios consuele el dolor de los que, aún sumidos en él, contri- buyen tan eficazmente al so- corro de los pobres heridos.

DON JUAN FESSER.

Una J. y una F., que han figurado tantas veces en las listas de donativos para los heridos y los pobres, eran las iniciales del nombre que encabeza estas líneas; nombre bendito tantas veces por los necesitados, nombre pronunciado hoy con tristeza y lágrimas por la gratitud de los que favorecía, por el desconsuelo de los que no puede favorecer ya. La muerte de D. Juan Fesser ha privado á los pobres de un generoso amigo; á la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD de uno de sus favorecedores; á gran número de obras benéficas, de uno de sus mas eficaces auxiliares. Los que llevan su nombre y tomaban mucha parte en sus buenas obras, pueden tener el consuelo de que muchos desdichados y muchos compasivos los acompañan en su pena.

La Redaccion.

RESPUESTA A UN SUSCRITOR.

Señor de toda nuestra consideracion y aprecio: Mucho merece persona de tan buena conciencia como usted da muestras de serlo, y faltaríamos á la nuestra no diciéndole nuestra opinion, y á la cortesía no contestándole pronto.

Bien está en usted la modestia del que sabe, y estaría muy mal en nosotros la jactancia del que ignora, por lo cual estamos lejos de creernos con ningun género de superioridad al evacuar su consulta, ni de tener mas autoridad que la de quien habla sinceramente despues de haber pensado lo que va á decir, ni otra ventaja que la indicada por aquel adagio, de *que más ven cuatro ojos que dos*.

El que pide consejo, suele á veces dar grande cavilacion y dudas; pero no puede haberlas en el caso por usted expuesto, por ser para nosotros evidente, que ningun propietario honrado puede en conciencia alquilar su casa á una persona que no lo sea. Se nos dirá que si se expulsara de sus cuartos á todos los que no viven bien, habria en Madrid abundancia de papeles en los balcones, y mayor aún de sujetos y *sujetas* que durmieran al raso. No lo contradeciremos; pero ese hecho, si se verificase, en nada invalidaria el principio de que ninguna persona buena debe contribuir al mal, y contribuir de un modo eficaz y directo.

El casero, en ciertos casos, no es solo cómplice, sino uno de los

autores del mal que hacen sus inquilinos; toda vez que es principio de derecho, y muy justo y filosófico tratándose del delito, que se considere como autor de él á toda persona que coopera á que se cometa *cuando sin su cooperacion no podria consumarse*. Y este es el caso. La casa de prostitucion; la casa de juego, donde se explota la miseria y el vicio; la taberna, donde se escandaliza, se golpea y se hiere; el teatro donde se dan representaciones inmorales y bailes que no puede presenciar ninguna persona que se estime en algo, nada de esto podria existir, sin la complicidad del dueño del local donde tantas maldades se consuman. Bien sabemos que se explotan, por algunos caseros; bien sabemos que á medida que son lucrativas y escandalosas, pagan mas cara la habitacion en que se cometen; pero no es menos cierto que su dueño es uno de los autores de ellas, tiene ante Dios una gran parte de su responsabilidad, y la tendria ante los hombres, si el nivel de la moral pública no estuviera tan bajo, y si la opinion fuese un juez recto, y no aplaudidora de toda hipocresía, por grosera que sea y apadrinadora complaciente de toda maldad.

Para nosotros, es de trivial evidencia que el propietario de una casa debe saber quién vive en ella, y expulsar al que la convierta en un establecimiento criminal so pena de no ser él mismo honrado, porque no puede aspirar á este título quien directamente, á sabiendas y por interés, contribuye á que se consumen hechos indignos y perversos.

Si nosotros fuéramos autoridad, en vez de mandar pintar las casas por *ornato público*, por *moral pública* habíamos de disponer que en la fachada de cada una se escribiera en letras muy gordas el nombre de su propietario. A los que las alquilan á gente de buen vivir, poco les importaria; para los que las convierten en asilo del vicio, del fraude y del crimen, y conservan un resto de pudor y quieren parecer honrados, la medida sería dura, prueba evidente de que era saludable y justa. Para el que se califica de persona decente, y tiene pretensiones de digna y llama á otros *canalla*, ver su nombre en ciertas casas, señalado con el dedo y escarnecido por cada uno de los que en ellas entran y salen, habia de parecerle cosa un poco menos cómoda, que el lucrativo incógnito con que explota: la infamia sin parecer infame. Y no obstante, ¿qué cosa mas sencilla, y al parecer mas inofensiva que escribir en la fachada de un edificio: «es de D. Fulano de Tal?» Alguno habria que, puesto en este caso, desalojase á los inquilinos; y los que no, era que habian arrojado la máscara, y consentian en ser moralmente clasificados con la gente á quien por dinero albergan.

Seguramente, en el mal de que vamos hablando, como en mu-

chos otros, no todo es premeditado, y hay una gran parte de ignorancia y descuido. Un gran número de propietarios ignoran qué gente vive en sus casas, confiadas á administradores; otra no ha pensado nunca que fuese un deber saberlo, y expulsar á los que de ellas hacen guaridas de perversidades: no siempre es una ley moral que infringen á sabiendas, sino una cuestion de que no se han ocupado. Es triste que no se les pueda hacer pensaren ello; que los escrúpulos de usted, señor suscriptor, no naciesen en la conciencia de todo el que no la tenga pervertida, de modo que se trazara una línea divisoria, y bien marcada, entre los propietarios de casas honrados, y propietarios de casas cómplices del vicio y del crimen: porque hay una cosa peor que los hechos infames, y es la buena fama de sus autores; una cosa más deplorable que las acciones indignas, y es que las personas que las consuman, alternan con las dignas, y por buenas son tenidas.

Aquí tiene usted, señor Suscriptor, nuestro parecer en la cuestion que nos propone, dicho lisa, llana y sinceramente.

La Redaccion.

ESCUELAS DE GRATITUD.

Los habituales lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD recordarán estas Escuelas creadas por el inolvidable amigo de los pobres y nuestro, Sr. D. Manuel Campoy. Al fallecer él, temimos que las Escuelas desapareciesen, que decayeran al menos, ó que si se sostenian fuera á expensas de su esposa caritativa, continuadora de la buena obra; pero hemos visto con gran satisfaccion, que en medio de la penuria de los tiempos, esta benéfica institucion no decae, tiene vida propia, y que la caridad que se la da, es de la que *no se cansa*. Véanse en prueba de ello los estados que insertamos á continuacion.

Cuadro general demostrativo de la situacion de las Escuelas de Gratitud en 31 de diciembre del año 1873.

MOVIMIENTO DE PERSONAL.

Salieron de las Escuelas.....	9 asiladas.
Falleció.....	1
Ingresaron.....	15
Existen en fin de año.....	82

Estado de fondos.

INGRESOS.

	<i>Rs. Cénts.</i>
Existencia en fin de 1872.....	3.964,93
Atrasos abonados por diferentes conceptos.....	371,00
Producto de las suscripciones.....	15.149,00
Id. de las pensiones.....	18.470,00
Id. por ofrendas en metálico.....	5.182,00
Id. del cepillo colocado en la Escuela.....	376,21
Importe de una cama dedicada como sufragio por su familia á difuntos queridos.....	280,00
Limosna recibida por labores hechas en la Escuela....	218,00
	<hr/>
<i>Total</i>	44.011,14

GASTOS.

Alquiler del local que ocupa la Escuela, calle de San Cipriano, 1, principal izquierda (*).....	6.785,66
Gastado en ropas y calzado.....	4.727,50
Invertido en comestibles.....	5.347,31
Gasto diario del matrimonio encargado del régimen interior, y maestra de labores, carbon, lavado de ropas y gastos menores.....	8.973,38
Invertido en artículos de costura.....	774,75
Id. material para la instruccion primaria.....	45,00
Reposicion y compostura de efectos de cocina y menage de casa.....	1.333,50
Baños y medicinas para las niñas enfermas.....	486,74
Conduccion de niñas á la Escuela de Griñon.....	73,90

(*) El alquiler del local en que hoy se halla establecida la Escuela de Madrid, asciende á la suma de 7.500 reales anuales; y la diferencia que se observa entre esta cantidad y la que figura en los gastos, nace de haberse aplicado á este objeto el sobrante de la fianza que existia en poder del dueño de la casa que anteriormente ocupaba la Escuela en la calle del Olivo, y que fué devuelta al hacerse la mudanza.

Limosna de 26 Misas de aniversario celebradas en Madrid	208,00
Honorarios de la Señora encargada del régimen interior y maestra de labores	1.963,00
Abonado á cuenta de la suma adelantada por dos Señores bienhechores para la obra hecha en la casa que ocupa actualmente la Escuela	4.000,00
Gastado en la mudanza de casa	640,90
Remitido al Sr. Sub-Director de Griñon para atender á las necesidades de aquella Escuela	7.403,09
Id. al de Velez-Málaga	2.000,00
	<hr/>
<i>Total</i>	44.762,73
	<hr/>

RESUMEN.

Suma el Cargo	44.011,14
Id. la Data	44.762,73
	<hr/>
<i>Déficit para el año 1874</i>	751,59
	<hr/>

Madrid 31 de diciembre de 1873.—La Secretaria, *Carolina Moreno de Garcia*.—La Tesorera, *Luisa Dusmet*, viuda de Carratalá.—V.º B.º—La Presidenta, *Maria Cristina Dusmet de la Vera*.

1874.

MOVIMIENTO DE PERSONAL.

Salieron de las Escuelas	27	asiladas.
Fallecieron	4	
Ingresaron	22	
Existen en fin de año	73	(*)

(*) La pequeña disminucion que se nota en el número de asiladas existentes, es efecto de las que habian salido en el momento de hacer el estado.

Estado de fondos.

INGRESOS.

	<i>Rs. Cents.</i>
Atrasos abonados por diferentes conceptos.....	143,00
Producto de las suscripciones.....	12.179,00
Id. de las pensiones.....	22.794,00
Id. por ofrendas en metálico.....	14.699,50
Id. del cepillo colocado en la Escuela.....	139,39
Importe de dos camas dedicadas como sufragio por su familia á difuntos queridos.....	950,00
Limosna recibida por labores hechas por las Niñas....	118,50
	<hr/>
<i>Total</i>	51.023,39

GASTOS.

Déficit en fin de diciembre del año anterior.....	751,59
Alquiler del local que ocupa la Escuela, calle de San Cipriano, 1, principal izquierda.....	7.500,00
Gastado en ropas y calzado.....	3.774,00
Invertido en comestibles.....	7.178,30
Gasto diario del matrimonio encargado del régimen interior y maestra de labores, carbon, lavado de ropas y gastos menores.....	9.173,62
Invertido en artículos de costura.....	659,54
Id. material para la instruccion primaria.....	32,84
Reposicion y compostura de efectos de cocina y menage de casa.....	1.413,16
Medicinas para las niñas enfermas.....	709,60
Limosna de 34 Misas de aniversario celebradas en Madrid.....	272,00
Honorarios de la Señora encargada del régimen interior, y maestra de labores.....	2.062,00
Recompensa á la asilada encargada del órden en la clase.....	120,00
Coste de la obra hecha para trasladar la enfermería...	638,30

Impresion de 4.000 recibos.....	164,00
Abonado á cuenta de la suma adelantada por dos Señores bienhechores para la obra hecha en la casa que ocupa actualmente la Escuela.....	4.597,72
Rédito de un censo sobre la casa que ocupa la Escuela en Griñon.....	100,00
Remitido al Sr. Sub-Director de Griñon para atender á las necesidades de aquella Escuela.....	8.904,18
Id. al de Velez-Málaga.....	2.500,00
	<hr/>
<i>Total</i>	50.550,85
	<hr/>

RESUMEN.

Suman los ingresos.....	51.023,39
Id. los gastos.....	50.550,85
	<hr/>
<i>Existencia para el año 1875</i>	472,54
	<hr/>

Madrid 31 de diciembre de 1874.—La Secretaria, *Carolina Moreno de Garcia*.—La Tesorera, *Luisa Dusmet*, viuda de Carratalá.—V.º B.º—La Presidenta, *Maria Cristina Dusmet de la Vera*.

Como se ve por las anteriores cuentas, la suscripcion ha subido cerca de 3.000 rs. en una época en que todas las de esta clase bajan, y lejos de haber déficit, queda un pequeño sobrante.

Acaso llame la atencion la cantidad relativamente pequeña empleada en comestibles para los asilados; pero téngase en cuenta que la base de recursos para este establecimiento es el *pan duro* recojido en las casas, que en vez de desperdiciarlo, se va guardando para el dia en que de la Escuela van á buscarlo. Claro es que muchas personas, puestas en el buen camino de hacer esta caridad, siguen por él, y añaden á los rebojos de pan duro alguna libreta tierna; el hecho es, que en la Escuela de Grátitud de Madrid se come mucho pan, como donde quiera que hay niños, y no cuesta dinero.

La prosperidad de este establecimiento es sin duda efecto de la caridad de los que lo socorren y de los que lo administran y dirigen, pero tambien se debe en gran parte al espíritu que presidió á su creacion, y que ha sido fielmente seguido: *al espíritu de economia*. Cada niña viene á costar unos doce cuartos diarios, comprendiendo

en esta corta cantidad todos los gastos, incluso los de educacion. Es muy de notar esto, en una época en que es frecuente ver lujo relativo en establecimientos que viven de limosna, y que tal vez carecen de lo necesario, dando á los acogidos falsas ideas, y necesidades que no podrán satisfacer despues. Estas *necesidades materiales* suelen ser luego causas de desgracia y perdicion, cuando no están en armonía con los medios de satisfacerlas, ni corresponden á otras elevadas del espíritu, que se satisface con poco ó nada, mientras la materia es insaciable en sus exigencias. ¡Propension frecuente, desdichada y deplorable!

La Escuela de Gratitude está en Madrid en la calle de San Cipriano, 1, principal, donde las personas caritativas podrán hacer una visita agradable y dar una limosna bien empleada.

Concepcion Arenal.

CUADROS DE LA GUERRA.

X.

La tarde es fria, el suelo está desnudo, los árboles sin hoja, el cielo oscurecido por densas nubes que anticipan la noche.

La naturaleza parece llevar luto por tantos hombres como acababan de morir, inmolados por sus hermanos. ¡Sus hermanos!

Que oscurezcan siempre el sol esas nubes de color de plomo, menos pesado que la vida de los que lloran á los queridos de su corazón. Que no se vista la tierra del color de la esperanza cuando hay tantos que la han perdido para siempre, ni broten flores en este campo de muerte; cúbrase de abrojos y de venenosas yerbas, y de animales feroces, que sientan el viento helado del Polo, y el abrasador de la zona tórrida. Ningun sér que ha recibido de Dios razon y conciencia, ninguna criatura que tenga entrañas y lágrimas, haga allí morada: todos se aparten con horror para no pisar aquella tierra empapada en sangre humana.

¡Ah! El hombre es tenaz morador de todos los lugares; reedifica su casa sobre la lava del volcan, y siembra cantando los campos de batalla. Por aquel donde no ha llovido bastante para lavar la sangre, va y viene gente, al parecer mas ocupada de los cuidados de la vida que de dolerse del espectáculo de la muerte.

A orilla de un apartado camino y cerca de una fuente donde apagó la sed, está sentado un joven oficial. Su traje indica que lleva una

larga y penosa campaña, y tambien el color de su frente inclinada, que sostiene con entrambas manos. Suenan pasos que él no oye; son de una mujer anciana que se acerca, y viéndole inmóvil y en actitud de quien sufre, se para y le pregunta:—¿Está usted enfermo?

Levanta el militar la cabeza y deja ver su rostro, bañado en lágrimas. La mujer, de verle llorar, llora y revela en su ademán tanta compasión y simpatía, que el soldado no se avergüenza. Entrambos se miran en silencio, como si quisieran reconocerse: no se conocen, pero cuando se inspira compasión y se siente, el dolor forma un lazo, y los que une, creen haberse visto y amado en alguna parte antes de venir á la tierra, y que en ella desconocen su cubierta material; mas apenas se manifiesta el espíritu, recuerdan la amistad de otro tiempo. Así acontece al afligido joven y á la compasiva anciana, que se hablaron de esta manera.

—Mozos tan apuestos como usted no derraman lágrimas por dolores físicos: ya veo que no tiene usted enfermedad, sino pena.

—Tan grande, que me abrumba y me sofoca.

—¿No cabe remedio?

—Es irreparable como la muerte.

—¿La recibió en el último horrible combate alguna persona que usted amaba?

—¡Mi hermano, mi único hermano!.....

El militar volvió á inclinar la frente, á cubrirse el rostro con las manos; la mujer se sentó á su lado, y despues de un largo silencio, creyó que hace menos daño al alma comunicar los dolorosos pensamientos, que dejarlos la destrocen en aquella rapidez vertiginosa con que se suceden, á que no pone coto la necesidad de expresarlos, ni correctivo la razón del que escucha, ni da consuelo la simpatía del que compadece, y dijo.

—¿Era mas joven que usted?

—Mucho mas joven, un niño. Era tan dulce su mirada, tan blanca su hermosa frente, tan pura su boca, que parecia una doncella disfrazada con traje militar. Los sentimientos de su alma correspondian á la expresión de su rostro: compasivo y generoso, era siempre el intercesor y amparo de los débiles afligidos. Dudé si aquel alma tierna afectuosa podria tener la energía necesaria á un hombre de guerra, y se lo dije una noche: al oirme pareció transfigurado; su rostro se encendió, sus ojos brillaron, su estatura pareció elevarse, y con voz vibrante me dijo: «Temes que sea cobarde porque no soy cruel? Tranquilízate; no mancharé el nombre honrado que llevo; no te dirán que he huido, ni faltado á las leyes del honor;» y no huyó cuando la fuga era la única salvacion..... Yo le he matado; yo, que

quise traerle cerca de mí, para continuarle aquella proteccion que le habia dado toda la vida: llevándole algunos años, habia mucho de paternal en mi cariño, como lo hay en mi dolor, dolor sin consuelo, porque yo le traje, yo mismo, para que pereciese en aquella carnicería.... Ya no puedo dudarlo, murió.

—¿Ha habido alguna duda que dé lugar á la esperanza?

—Hay el horrible desconsuelo de no saber dónde cayó. En aquella confusion, nos separamos sin apretarnos la mano, sin darnos siquiera el abrazo último, el postrer adios..... ¿Quién habia de decirme cuando estábamos almorzando, ya no se sentará mas contigo á la mesa.....?

Aunque seguro de no hallarle, le busqué entre los que huyeron; aunque repugnaba á mi dolor y á mi cólera, pedí favor á quien podia hacer investigaciones en el campo enemigo: ni herido está, ni prisionero; pereció.....

—Parece que no hay nada tan cruel como la matanza de una batalla, pero aumenta su horror la horrible impiedad de despojar los cadáveres, de apropiarse ó destruir todo lo que puede identificar al hombre que ya no existe con el que un momento antes estaba lleno de vida; de arrojarlos á la fosa, como si no tuvieran quien los llorase y quisiera saber dónde, cuándo y cómo han muerto.

¿Cómo no será una ley de humanidad que todos acaten, no tocar al combatiente muerto, sino por quien esté autorizado y tome nota de todo lo que puede darle á conocer, y la conserve á disposicion de los que le amaban?

La caridad en la guerra dicen que en otras partes ha hecho algo de esto; aquí ni lo ha intentado siquiera. ¿Cómo podrán despojar á un cadáver, sin pensar en enviar una memoria á su madre infeliz?

—Porque la guerra adormece todos los buenos sentimientos del hombre, y despierta todos sus perversos instintos; por eso pasé sin conmoverme por los despojados cadáveres del enemigo; por eso habrian despojado el de mi hermano; por eso no sé dónde ni cómo ha muerto; por eso me parece verle sucumbir de mil maneras crueles, verle cómo perece por falta de socorro, cómo herido vuelven á herirle..... ¡Oh! que no esperen de mí piedad los que no la han tenido de él.....

—Se ignora donde están sus restos mortales, pero su inmortal espíritu, aquella hermosa alma compasiva y cariñosa, no puede recibir como homenaje los propósitos de venganza. Honre usted su memoria imitando su piedad: el que no da perdon, no recibe consuelo.

—¡Consuelo! ¿Quién lo busca ni lo espera?

Si pudiera haberlo, no lo pediría para mí, sino para quien mas que yo le amaba y mas tristemente llora. ¿Cómo he de presentarme á mi madre sin él? ¿Qué he de responderle cuando me pregunte: *¿Dónde está tu hermano?*

Concepcion Arenal.

LAS VIOLETAS.

POR CLARA CHANCEL.

(Traducido por Doña P. F. y M.)

(Conclusion.)

III.

Era tan grande la emocion del joven al salir de aquella casa, que no vió á una mujer que estaba sentada delante de la cobacha del portero, y tropezó con ella al pasar.

La mujer empezó á *refunfuñar*, y Rogelio, sorprendido, sin darse cuenta de lo que habia hecho ni de lo que ella decia, se detuvo un momento.

—¿Hablais conmigo? le dijo.

—¿Con quién habia de hablar? respondió la portera con tono de enfado, con quien.... Pero, ¡qué veo! exclamó de repente reparando en el tiesto que el joven llevaba en la mano. ¡Son las violetas de la señorita Ester!.... ¡Sí, sí! no me engaño..... ¡Es una compasion ver cómo le arrancan uno á uno sus mas caros goces!

Rogelio, á quien la charla de aquella mujer impacientaba, habia dado algunos pasos hácia la calle, pero se volvió atrás al oir pronunciar el nombre de Ester. Se le ocurrió una idea: sabiendo que las porteras estan generalmente bien informadas y dispuestas á comunicar sus informes, esperaba obtener de su interlocutora algunos detalles sobre la familia por la cual se interesaba ya tan vivamente.

—¿Quereis decirme el nombre de los inquilinos del entresuelo? le preguntó.

—Se llaman las señoras de Obrel.

—¿Las conoceis mucho?

—Sí y no: sí, porque hace ya muchos años que viven aquí; no, porque yo, que me alabo de saber la historia de todos los inquilinos, no sé casi nada de la suya. Esas señoras no me hablan de ella, pero

no es orgullo, porque nunca pasa la señorita Ester sin saludarme con mucha amabilidad, y cuando, hace poco, estuve tan mala, no ha dejado un solo día de venir á saber cómo me encontraba. Pero de ella y de su familia nunca me ha dicho ni una palabra. Solamente por lo que dice su hermana la mas pequeña, que baja algunas veces á preguntarme si ha pasado la lechera, he creído comprender que el difunto Mr. Obrel era un gran sabio. Puede ser que hubiese llegado á ser rico si hubiese tenido tiempo; pero murió despues de tres años de grandes sufrimientos. En cuanto á su mujer, cuya salud no se ha restablecido nunca despues de ese terrible golpe, se llama de apellido Beaucour; pero creo que su nobleza y su virtud era todo lo que poseia, y que arruinada por la larga enfermedad de su marido, debilitada por la pena, intranquila por la suerte de sus hijos, ha caído poco á poco en el estado de enfermedad y de miseria en que vive hoy.

—¿Y nadie la ha socorrido? preguntó Rogelio.

—Nadie, caballero, escepto su pobre hija, que pasa los días y las noches bordando para poder comprar pan á los niños y medicinas á la madre. Es un oficio poco lucrativo, pero lo ha escogido porque su madre no puede quedarse sola; si no, hubiese dado lecciones de inglés y alemán, cuyos idiomas le habia enseñado su padre, y los habla como el francés, segun me ha dicho su hermana pequeña.

—Y ¿cómo, viviendo oscura é ignorada, se procura labor? preguntó el joven.

—De esto se encarga el Sr. Cura de la parroquia, que es el único amigo de esas pobres señoras; yo no sé lo que hubiera sido de ellas sin él. Y creo que él solo debe saber su historia.....

—¿Podríaís decirme dónde vive? interrumpió vivamente Rogelio, á quien estas últimas palabras habian hecho estremecer.

Su deseo fue satisfecho en seguida, y mientras que él escribia en su cartera las señas pedidas, la honrada portera, completamente desenojada por la atencion que habia prestado á su narracion, lanzaba miradas de devorante ansiedad á las hermosas violetas. Evidentemente tenia un vivo deseo de saber cómo y por qué habian pasado á manos de aquel señorito, pero el aire grave é imponente de este hacia difícil que entrase en materia. Sin embargo, se atrevió al fin á tratar con precaucion de tan misterioso asunto.

—Debeis ser muy bueno, dijo al joven con la mayor amabilidad, y aunque os hayais llevado..... quiero decir, comprado, ó tal vez os lleveis solo prestadas las violetas de la señorita Ester..... En fin, sea lo que quiera, prosiguió viendo que él no pensaba en darle ninguna explicacion, me pareceis muy bueno, y estoy segura de que no se-

ríais capaz de hacer como aquella orgullosa y mal encarada princesa que vino ayer.....

—¿Qué princesa? dijo Rogelio poniéndose encarnado.

—No sé deciros su nombre; creo que es una parroquiana de la señorita Ester. Cuando pasó por delante de mí seguida de su doncella, llevaba un pájaro (el de la pobre obrera, lo reconocí en seguida), y le decia riéndose mucho: «Chiquitin; yo soy tu libertadora: ¿no estás contento de verte lejos de todas esas lloronas?»—¡Da grima oír hablar así de una santa como Mme. Obrel y de un ángel como su hija!

Un relámpago de indignacion brilló en los ojos de Rogelio. Se despidió de la portera y se alejó precipitadamente; pero en vez de seguir su camino hácia el hotel de Ipone, volvió á su casa. Allí depositó con cariño el tiesto perfumado en una elegante jardinera; arrancó una violeta, y habiéndola llevado al pie del retrato de su madre, dijo:

—No me quedaré mas que con esta..... Las otras se las devolveré.....

Reflexionó aún algunos instantes, y luego, sentándose delante de su escritorio, trazó con mano firme los siguientes renglones.

«Señora:

»El corazon que no siente compasion, no puede sentir amor, y la
»mujer que se rie de los dolores de otra, no será jamás la mia.

»Tal vez estrañareis este lenguaje severo, y me preguntareis si
»tengo derecho para usarlo yo, á quien habeis visto tan frívolo y tan
»ávido de gloria y de honores..... Es cierto; pero se ha presentado á
»mi vista un espectáculo desolador, y al contemplarlo, he compren-
»dido que hay mas alegría en ver la sonrisa de un pobre que en las
»mas brillantes fiestas, y he empezado á soñar un hogar rodeado de
»paz, de fe y de caridad.

»Julia ha visto tambien aquel cuadro doloroso, y su corazon no
»se ha conmovido..... Nuestro modo de pensar es hoy demasiado
»diferente para que podamos pensar en unir nuestros destinos; me
»cuesta mucho decíroslo, pero es mi deber.

»Dispensadme, señora, esta franqueza que, si os disgusta, evita
»en cambio mayores desgracias para el porvenir.

»Recibid de nuevo mis excusas con la espresion del respeto que
»os profesa,

Rogelio de Brenorel.»

Puso el sobre á esta carta, la cerró, y fue él mismo á echarla al correo.

Eran las cinco de la tarde; las tinieblas envolvían ya á París, y entre su sombra brillaban miles de luces. Rogelio se acercó á una de ellas, y á su claridad leyó en su cartera las señas que le habia dado la portera. Consultó su reló, vaciló un momento, y despues se dirigió resueltamente á la sacristía de la iglesia de las Misiones.

IV.

Dos meses despues la familia de Obrel habia abandonado su sombrío entresuelo, y habitaba un segundo piso cómodo que daba al Mediodía, y era alegre y ventilado.

La pobre madre, instalada en un gran sillón, levantaba hácia el Crucifijo, que siempre tenia á la vista, su mirada llena de gratitud, de amor y de esperanza; despues, dirigiéndola á su alrededor, seguía con plácido orgullo á su hija Ester, que iba y venía dejando flotar los pliegues de su bata de lana y cuyas blancas manos dejaban graciosamente ordenados todos los muebles de la habitación. Los tres niños pequeños, que por centésima vez daban la vuelta á su nueva morada, sonreían admirados y complacidos de contemplar los cómodos muebles, las alegres llamas de la chimenea y los trages de abrigo que los cubrían. Cuando comparaban aquel invierno con los otros que le habian precedido; cuando veían á su madre casi restablecida y á su hermana tan bella y tan contenta, pensaban en los cuentos de las hadas, y creían en la protección de un *genio* bienhechor.

En cuanto á Ester, pensaba en Dios y creía en su bondad infinita..... Despues, su pensamiento se volvía hácia aquel por quien rezaba todos los días, aquel cuya caridad le habia devuelto su madre. No lo habia visto mas que una vez, pero el Cura de las Misiones hablaba de él con frecuencia, y le habia hecho saber de qué mano delicada y generosa provenía aquella ráfaga de felicidad que pasaba al fin sobre su sombría existencia, borrando las arrugas de la frente maternal, acariciando su bello rostro fatigado por las veladas y las lágrimas, dando calor y alegría á aquellos pobres niños cuya infancia no habia conocido mas que dolores. Sabía que Rogelio de Brenorel habia empleado toda su influencia para hacer obtener á su madre una pensión que la puso al abrigo de toda necesidad, y que respetando su orgullo, habia hecho pasar el primer trimestre de esa pensión por mano del Sacerdote, añadiendo una suma considerable, que aseguraba ser producto de los atrasos que se le debían. En fin, habia adivinado que el joven la amaba.

Así, cuando un día de marzo, después de una larga conversación de su madre con el buen Cura, vió aparecer á Rogelio con sus queridas violetas, mas frescas y mas perfumadas que nunca, empezó á temblar como la gota de rocío sobre la débil yerba.

—Os las devuelvo, señorita, le dijo Rogelio con un acento indefinible, dándole el tiesto..... Pero en cambio, añadió volviéndose hácia Mme. Obrel, dadme vos la flor que ha de embalsamar mi existencia, y dignaos ser mi madre.....

Tantas plumas hábiles han trazado cuadros parecidos al que aquí podriamos pintar, que nos parece inutil prolongar una escena que se adivina mejor que se escribe. Sin embargo, como entre nuestros lectores puede haber alguno que desee las narraciones hasta el casamiento inclusive, le diremos que en una resplandeciente mañana de abril, Ester, esbelta y blanca como la margarita, grave y recojida como un ángel en oracion, al pie del altar recibia el nombre de Mme. de Brenorel.

Además, si algun corazon sensible se ha interesado por el canario del entresuelo y desea tener noticias suyas, añadiremos que un dia que iba Ester apoyada en el brazo de su marido, dió un grito de alegre sorpresa cuando, atravesando el muelle de la Mégisserie, reconoció en la tienda de un pajarero á su amigo de tiempos desgraciados.

—¡Ese es su collar de plumas verdes y su moño blanco! exclamó la joven; estoy segura de que es él, mi querido Rogelio.

—Entremos respondió este con cariñosa solicitud.

Entraron, en efecto, y el ajuste se hizo en seguida, á pesar del precio elevado que pidió el vendedor, contra cuya exorbitancia creyó Ester de su deber protestar, aunque débilmente.

—No es un pájaro cualquiera, señora, dijo el comerciante; tal como le veis, ha hecho romper un gran casamiento, y por esta razon su ama, furiosa, ha querido deshacerse de él en seguida. No es ya un pájaro lo que comprais, es un personaje, pues esta historia le da una importancia y un valor incontestables.

Rogelio y Ester cambiaron una sonrisa; pagaron el pájaro, buscaron un mozo que llevara la jaula, y habiendo salido de la tienda sus manos se encontraron y ella murmuró: ¡Dios mio, qué feliz soy! ¡Qué bueno eres!